

La fragilidad de la cultura

por Clara JANÉS

HACE unos meses, el pianista croata Ivo Pogorelich, que tocó en Madrid, no quiso decir palabra sobre Kosovo y declaró, en cambio: «La cultura es un bien muy precioso pero frágil, que hay que cuidar porque puede perderse con gran facilidad». Expresaba el sentir de muchos artistas que baruntan que la creación encierra algo más que el ejercicio del arte. Ese algo tiene un carácter específicamente humano y se vincula con su imaginario positivo.

EL Homo erectus, que estaba ya en el mundo hace un millón setecientos mil años, tardó un millón doscientos mil en acceder al rango de homo sapiens arcaico.

Éste, a su vez, hace sólo cien mil años no se diferenciaba aún del chimpancé más que en poseer un cerebro cuatro veces mayor y en el empleo de toscos instrumentos de piedra y del fuego.

Sencillamente, todavía era incapaz de inventiva. Fue al irrumpir en Europa el primer

sapiens, el hombre de Cro-Magnon, hace 38.000 años, cuando empezaron a cambiar las cosas: aparecieron instrumentos de música, estatuillas, pinturas rupestres, joyas; se inventó la navegación y se perfeccionaron las herramientas.

Apareció la aguja, el arpón, el anzuelo, el arco y la flecha...

AHORA bien, junto a todo este progreso y la explosión artística que supusieron las «capillas sextinas» del Paleolítico: las cuevas de Altamira y Lascaux, los avances desarrollaron un aspecto negativo.

Por ejemplo, con la llegada del hombre a Australia y Nueva Guinea se extinguieron el 90 por ciento de los animales grandes debido al perfeccionamiento de las técnicas de caza, o bien, los hombres que

habitaban Europa, los Neandertal, desaparecieron y es indudable que los Cro-Magnon, más inteligentes, los mataron o desplazaron.

EN aquel entonces el hombre no podía ver el espectáculo de sí mismo y sus consecuencias y por ello tampoco podía decantar hacia el lado positivo los resultados de su desarrollo. Hoy, en cambio, existe esa posibilidad, pues tenemos información de cuanto acontece.

POR ello Pogorelich lanzaba al artista esa consigna que encierra toda una misión: velar por la frágil cultura, equi-

brar, si no vencer, ese desequilibrio fatal de nuestra capacidad de inventiva, conservar lo mejor de ese fuego sagrado que al hombre le ha costado casi dos millones de años conseguir.

«Con la llegada del hombre a Australia y Nueva Guinea se extinguieron el 90 por ciento de los animales grandes por las técnicas de caza»

La ilusión de vivir

por Enrique ROJAS

Catedrático de Psiquiatría

EL término «ilusión» se incluye en Psiquiatría dentro del capítulo de los «trastornos de la percepción», distinguiéndose dos modalidades: la «ilusión» y la «alucinación». Su definición clínica es ésta: falsas percepciones de la realidad, producidas por un estímulo concreto. La historia de la palabra «ilusión» tiene un fondo kafkiano. Emerge en todas las lenguas románicas. Procede del latín «ludere» y de «ludus», que quiere decir juego. «Iludere» se refiere a divertirse, hacer bromas, ocurrencias, salidas de tono irónicas. Hay en todas estas expresiones una intención entre jocosa y de engaño.

Julián Marías le ha dedicado un excelente ensayo a este tema: «Breve tratado de la ilusión» (1984), la nombra como el ingrediente que mueve toda vocación y el carácter futurizo de la trayectoria personal.

EN mi libro sugiero que es bueno recapacitar de vez en cuando para ver cómo va uno con su vida. El que resiste, gana. El que es capaz de creerse ante las dificultades, termina alcanzando las metas y objetivos propuestos. «La ilusión constituye la dimensión esencial del porvenir». No su contenido, pero sí su envoltura. Es sostenerle la mirada a la vida.

«Hay que saber vivir sacándole el máximo jugo a la vida». En esto estriba la felicidad. Felicidad e ilusión forman un binomio inseparable. Inyectar ilusión en el proyecto de uno es revitalizarlo, darle energía, pulirlo, adecuarlo, vacunarlo contra ese enemigo que es la monotonía.

«El sufrimiento es necesario para la maduración de la personalidad». Es casi su mejor cabalgadura. Aunque nos cueste reconocerlo cuando llega y nos paraliza con su zarpa. Friso de vivencias aleccionadoras que nos descubren facetas, ángulos, vertientes, laderas y faldas divisorias por donde se cuele la vida

misma y nos ofrece una nueva visión de la jugada.

La reacción suele ser vesánica de inmediato. Luego, los hechos se reposan y se visten de otros atavíos. El tiempo va a nuestro favor y nos irá mostrando el significado de los derroteros escogidos por las circunstancias. Porque toda biografía es continua y discontinua, lineal y ondulante, transparente y opaca, lúcida y tenebrosa.

SI los años arrugan la cara, carecer de ilusiones arruga el alma y uno se vuelve viejo. La juventud no depende de los años, sino de la frescura y lozanía de los planes por cumplir y las metas por rebasar. La ilusión de los sentimientos más fértiles para avanzar y adelantarse y sobrevivir. Anticipación, futuro, expectativa, esperanza de lo más positivo. La vida pidiendo paso, reclamando abrirse entre masas de hechos. Un hombre así está siempre vibrando y se eleva por encima de las realidades por difíciles que éstas sean. Ilusión: alegoría gozosa vertebrada de desafíos, profecía que precede a la conquista, alegría de ser capaz de levantar los ojos y mirar por sobreelección.

Ilusión y amor. No me interesa ninguna verdad que no venga acompañada de amor, porque, uno de ellos sin el otro se termina convirtiendo en una mentira destructiva. Por eso creo que lo mejor es aspirar a una «felicidad razonable»: estar satisfecho con la vida que uno va llevando, pero procurando factores de corrección. La conformidad con la propia vida es sabiduría.

Pero la vida debe desplegarse siempre hacia delante. Vivir es proyectarse, adelantarse, abrirse camino entre esfuerzos, luchas y metas por escalar. El presente es siempre fugaz, sólo sirve de puente hacia lo que está por llegar. Es el arsenal del pasado donde vamos y volvemos para nutrirnos, acantilado donde

reside la experiencia contrastada del paso de los años. Los hechos se remansan. Se van depositando y superponen su llegada y nos inquietan o nos devuelven la tranquilidad. La memoria los ordena y clasifica; ella tiene dos hijos con inclinaciones contrapuestas: uno lleva a la gratitud y otro al resentimiento.

Las ilusiones son vividas en primera persona. Pero cada edad tiene sus propias esperanzas: son alegrías anticipadas. En el niño el mejor paradigma es «la noche de Reyes»: mágica y misteriosa. En el adolescente, «el primer amor» tiene un sabor inolvidable y un regusto suave y envolvente que sube como un licor hasta la cabeza.

A medida que pasan los años, las ilusiones se van desplazando y se hacen más realistas y uno ya no le pide peras al olmo. Cuando uno está poblado de ilusiones es que está bien de ánimo y que vive empapado de porvenir. Y se aspira a lo realmente importante: la paz interior, la salud, la estabilidad económica, la madurez de los sentimientos... y sobre todo, uno se proyecta con los hijos. Ellos van emergiendo hasta ponerse en primer plano de los intereses personales. Cuando se alcanza la vejez y la vida ha sido relativamente positiva, las ilusiones siguen, pero se reducen y su bullicio baja en decibelios.

Hay un texto que quiero traer a colación. En «Luces de Bohemia», de Valle-Inclán, el personaje Max Estrella, un poeta ciego, soñador, iconoclasta y borrachín, del Madrid absurdo y hambriento del 98, le dice a don Latino de Híspalis: «Préstame tus ojos para buscar la luz».

El secreto está en la forma de mirar. La felicidad no es otra cosa que una forma positiva de ver la vida: la personal y lo que nos envuelve. Y a la vez, tener el talento de salir a vivir. Esa es la clave: saber gestionar la propia vida.